

Jerónimo Elespe

abre temporada galerística en Madrid con buenas noticias: se incorpora a la escudería de **Maisterravalbuena**. Y abre las puertas de su estudio para desvelarnos cómo afronta esta etapa y, de paso, cómo trabaja su obra.

Por Jesús Rodríguez Lenin Fotografía Nani Gutiérrez

SON ya casi ocho los años que Jerónimo Elespe lleva asentado en Madrid. No debería ser extraño, es madrileño, aunque su formación artística la llevó a cabo en Nueva York –ciudad en la que vivió de 1996 a 2008– después de abandonar los estudios de Económicas. Fue allí donde se hizo un nombre en la competitiva escena artística neoyorquina –formando parte del catálogo de la galería Eleven Rivington, que tras su traslado a otra dirección se rebautizó como 11R Gallery– y desde donde regresó a España.

Su llegada a nuestro país fue sonada al comenzar a ser representado por Soledad Lorenzo hasta su jubilación. El testigo lo tomó Elena Ochoa, propietaria de la galería IvoryPress, que haciendo honor a su extraordinaria categoría como mecenas –y que la ha hecho merecedora, hace pocos meses, del Premio Montblanc de la Cultura en la vigésimo quinta edición de estos galardones– le programó en noviembre de 2014 la exposición individual *Lost Grey Machines*.

La nueva temporada galerística ha comenzado para Elespe con una importante novedad, ya que acaba de incorporarse a la escudería de la galería Maisterravalbuena. Belén Valbuena y Pedro Maisterra ya conocían su obra, expuesta en la pasada edición de Artissima, la feria turinesa en la que 11R Gallery le proporcionó todo un stand individual.

El encuentro con el artista tiene lugar en el estudio que acaba de abrir en el centro de Madrid, un espacio que consta, en realidad, de varios subespacios de distintas dimensiones que comparte con su mujer, la cineasta experimental tailandesa Chantip Yodprachong. No es la primera vez que hablamos. Ya conocemos algunos de nuestros referentes comunes, por eso la conversación se inicia comentando la noticia del día: la muerte de Alan Vega, fundador y *alma mater* de la banda neoyorquina Suicide. La pintura de Elespe puede tener un clasicismo extraño –influencias de El Bosco, Patinir, la Secesión austriaca, Altdorfer, Seurat...–, pero es que Suicide también mostraba un clasicismo extraño: ecos del *rock'n'roll* más primitivo, realizados con el zumbido inmisericorde de un sintetizador que emitía ruido rosa, acompañado por los gritos de Vega.

La música es parte fundamental de la vida, que no de la obra, de Elespe. En Manhattan fue compañero de piso de Jeffrey Lewis, uno de los representantes norteamericanos del movimiento folk punk, mientras que Yodprachong compartía piso, antes de su relación sentimental con Elespe, con Toby Dammit, conocido como Larry Mullins, que ha sido batería de Iggy Pop, Swans o The Residents y que desde 2015 forma parte en directo de los Bad Seeds de Nick Cave como teclista. “Toby viene con frecuencia”, comenta el pintor. “Ha to-

cado aquí con Depedro y con muchas otras bandas que recalcan en Madrid. Cuando viene pasamos con él un tiempo de más calidad que el que teníamos en Nueva York. Allí estábamos todos en ‘nuestra’ ciudad y terminabas no viéndote con la gente”.

El espacio sorprende por el orden y la quietud que respira. No corresponde con la idea del atelier atiborrado de materiales, caótico, que nos han brindado Brancusi o Bacon como quintaesencia del ‘estudio de artista’. Al contrario, se respira paz: “Mis estudios tienen siempre unas dimensiones muy parecidas. Siempre me ha gustado trabajar en espacios reducidos. Tengo un amigo pintor que conoció mi estudio de Manhattan, el de New Haven, el de Brooklyn, el que tuve antes en Madrid, en Malasaña, y ahora este y me dice: ‘¡Tío, si es que son todos una réplica!’. Y es que es así: los mismos muebles, la misma disposición de los cuadros... Todo suele estar muy ordenado y limpio. Pero si veo que me voy a desmadrar pongo muchos plásticos en el suelo y hago el bestia. Y luego recojo. Por eso también me gustan los estudios pequeños”. Para el desmadre elige el espacio más amplio, de dimensiones similares a las de un salón generoso de techos altos. “Aquí trabajo las piezas más grandes” comenta. Lo de “grandes” se entiende relativamente porque las dimensiones de estos no pasan del ▶



Elespe, fotografiado
en su estudio de
Madrid en exclusiva
para *L'Officiel Art*, el
pasado mes de julio.



“El ageism [discriminación por edad] es falso, no existe. Son los medios los que quieren sangre joven. Pero la ruta de cada cual se la monta uno como quiere”

metro cuadrado. “Pero también, si llevo mucho tiempo encerrado en uno de los estudios pequeños, me vengo al espacio más amplio y monto el campamento para 15 días. Así también podemos trabajar juntos los dos”.

Lo ‘quirúrgico’ del espacio tiene una razón de ser: el sosiego y la calma que Elespe necesita para su creación. Y la introspección. No llegan a poder definirse como celdas los distintos espacios, pero sí hay, definitivamente, algo monacal y espartano que guarda también relación con los horarios en los que suele trabajar. “Soy bastante vampiro y me gusta trabajar por las noches hasta las cinco o seis de la mañana; de hecho, la luz natural a veces me perjudica. Por eso nunca he necesitado buscar un estudio con grandes ventanales. Lo que sí es muy importante es que tenga luz cenital para que resalten las pinceladas horizontales y la textura. Ahora ya no soy tan radical: en el pasado trabajaba hasta las siete o las ocho, luego me daba un paseo por la ciudad y me volvía a casa a dormir. Ahora me acuesto entre las cuatro y las cinco”. Y añade con una sonrisa: “Para mi vida profesional la vida social es un problema. No puedo llegar a casa con adrenalina o con mareo por haber bebido y ponerme a trabajar, porque no se hace igual. Me limito a salir y tomarme una cervecita”.

En las paredes del pasillo que comunica los distintos espacios hay colgadas xilografías japonesas originales sobre madera de cerezo. “Son verdaderas joyas, y no necesariamente caras, que compro cuando viajo a Tokyo. Es de lo poco que colecciono. Esta es de mediados del siglo XIX, de Utagawa Kuniyoshi. Es increíble que se puedan encontrar todavía estas cosas a un precio razonable”.

No hay influencia formal entre esas xilografías y su obra, aunque sí se puede

admirar el trabajo minucioso, podría decirse de miniaturista, de sus piezas. Y no solo en el detalle, sino también en su desarrollo. “Mi proceso de trabajo es muy lento, de meses o años. Y los cuadros los almaceno en cajas para que se sequen y luego los pueda lijar capa a capa”.

¿Qué significa Madrid para un pintor que se ha hecho en Nueva York?

Sigo viendo Madrid un poco como extranjero. Mi visión creo que es desde fuera y objetiva. He hecho amistades en este tiempo, pero no he ido aquí a la universidad, que es donde se cuecen las cosas. A lo tonto ya han pasado casi ocho años desde que nos vinimos. Al principio sí íbamos y veníamos más, pero ahora ya estamos muy establecidos. Y creo que hicimos bien.

¿Y tu mujer está aquí a gusto?

A nivel vital sí. Profesionalmente todo lo encamina hacia el sudeste asiático: Tailandia, Japón, Corea del Sur. Así no se mete en peleas y disgustos.

¿No te sientes, o sentís, aislados?

Es que eso no es malo. El hecho de que estemos un poco aislados y tengamos nuestra singularidad –¡y que no formemos parte de ninguna ‘escena’ madrileña!– le va bien a nuestra forma de trabajar. La mía se asemeja a la de un escritor: necesito cientos de horas de soledad absoluta y eso es algo que en Nueva York ya no encontrábamos porque teníamos muchísimos amigos y es una ciudad sobreestimulante. Además, es tan increíblemente cara que, aunque te esté yendo bien, tienes que andar con pies de plomo y tener muchísimo cuidado por si vienen mal dadas... No es una situación que vaya bien con la libertad creativa. Por otra parte, Nueva York, al igual que Londres, es tan cosmopolita y tiene un mercado tan inmenso que si te va bien no necesitas salir de ahí y antes de darte cuenta llegas a los 45 o 50 años y te has convertido en un artista puramente neoyorquino. Esto tiene un punto peligroso porque puedes convertirte en un artista provinciano.

Ya tienes 40 años. ¿Qué significa eso para ti? ¿Has dejado de ser “The next big thing” [la gran novedad]?

El ageism [discriminación por edad] es falso, no existe. Son los medios los que quieren sangre joven. Pero la ruta

de cada cual se la monta uno como quiere. Y no pasa nada por empezar a hacer cosas a los 40 años... Hay mucha gente que rompe con todo a esa edad y empieza algo nuevo de cero con ímpetu y le funciona. No hay que hacer caso a las prisas que te quieren meter. Si he detectado que en España las becas son para menores de 35 y cuando los artistas llegan a esa edad se les abre el suelo bajo los pies porque ya no tienen donde agarrarse, han ganado todos los concursos, pero no han conseguido establecerse... Y veo mucho nerviosismo en esos artistas jóvenes porque el foco se va a poner en otros nuevos artistas menores de 35.

Tu obra no es de la que se pueda considerar que está a la moda. ¿Es un riesgo premeditado?

Más que un riesgo, el hecho de que no sea un tipo de obra necesariamente “a la moda” es una condición misma de la obra. El punto de partida casi siempre es autobiográfico y bebe de referencias literarias no siempre actuales. No soy jardinero, pero la jardinería ha estado siempre muy presente: la noción de jardín como espacio artificial, y a la vez natural, esa contradicción que se abre me ha atraído siempre: la naturaleza dentro de la naturaleza, como microuniverso.

Pero claro que hay momentos y modas. Eso es así. En eso hay que ser paciente... y consciente. El foco del mundo del arte puede caer sobre ti una serie de años (o meses o semanas), pero sabes que más pronto o más tarde ese foco se va a girar y va a iluminar otra parte... Hay que respirar hondo porque puede suceder que estés haciendo tu obra más importante y, sin embargo, el foco pase de largo sobre ti durante 30 o 40 años. A mí me ha pasado: he vivido momentos de mi vida mejores y peores y no tienen por qué coincidir con que mis cuadros fueran mejores o peores... ■

¿SABÍAS QUÉ...?

Fue su padre el que le animó a dejar Económicas y apostar por una carrera artística.